

Cuarto y mitad de gay

Antonio Arquillo

©Cuarto y mitad de gay

Antonio Arquillo, 2013

©Diseño de la portada

Antonio Arquillo, 2013

©Imagen de la portada, Aldolph Friedländer (ca. 1889)

Biblioteca Digital Hispánica

Biblioteca Nacional de España

Querido doctor (perdóneme la familiaridad, pero creo que con el huevo que me cobra puedo permitírmelo):

Fue usted muy fino al preguntarme qué tal se me daba el alemán, lo cual me recordó a una novia o así que tuve. Era alemana y fue el primer pelo que toqué. Al principio ella no quería, pero entre unas cosas y otras, calentón aparte, nos apañamos en la playa en cuyos granos se ha hundido el ayer ése (no me negará que no es bonita la frase).

Yo me había bajado a la playa con el pretexto de estudiar; entre otras de las que me habían quedado para septiembre, la puta Formación del Espíritu Nacional (pregúntele a su padre), una maría que todo el mundo aprobaba con nota y yo ni me acerqué al cinco.

La asignatura le impartía un vivales cuyo único mérito fue estar donde tenía que estar, encamisarse de azul y pegar un braguetazo con una rica heredera que tenía una farmacia en pleno centro de Málaga en la que él actuaba de mancebo.

Se cuenta que era tradición de quienes ya estaban en la Universidad pasarse por allí para comprar condones. A uno intentó acojonarlo, pero se la tuvo que comer porque su padre (el suyo, no el del hijoputa aquél) era un cargazo en comisaría. A mí, salvo el suspenso que ya dije, nunca me causó problemas. Tal vez fuera por verme cara de mala leche.

B. tenía un cuerpazo del copón y pelos en las tetas, que yo con gusto me comía sin poner un pero. En ambos casos ineludibles; el pelo no, sino aquellas dos medias manzanitas y etc.

Se preguntará, doctor, por qué no mojé. La respuesta es muy simple, maestro, porque no me dejó.

En aquellos tiempos, no sé ahora, existía el mito de que extranjera que viniese a la costa, chimpún. Ya sabe. Pues no. Y encima ésta era católica. Así que prediqué en el desierto, lo confieso.

Sin embargo, he de decir que la primera vez que vi pelo apenas tenía yo 12 años. Jugábamos a las bolas y el menda, mientras el resto despreciable de la pandilla seguía con el gua, se dejó llevar por el canto de sirena de una quinceañera a la que le daban miedo los grillos. Cantaba "El baúl de los recuerdos"; fui a darle un susto y me llevé la alegría de mi vida.

A través de la ventana entreabierta del baño la vi doble, por el espejo, desnuda después de la ducha. Se me cayeron las bolas; digo, las canicas, porque tenía una uve que se convirtió en aquel verano –otra vez– en mi Venus; bien es cierto que salida de la ducha, pero las cosas son así.

En ese tiempo de la tocadura de pelo, con el último de Pink Floyd, se nos fue al carajo el generalito. Diez días de luto y magreos varios que nos pegamos en casa de unos moros –árabes decían ellos– que supuestamente estudiaban Medicina. Uno de ellos murió en Tiro (Líbano) de un ídem años más tarde.

No obstante, yo no había sido un santo, por así decirlo. Pajas sin contar, ya sabía lo que era una teta.

Fue un año y algo antes, coincidiendo con San José, santo de uno de la pandilla. Todos nos aislamos conveniente o casualmente en la casa de la que faltaban ad hoc los padres, que se despistaron a sabiendas de lo que (no) íbamos a hacer.

Olía a colonia de limón, chicle de canela y sostén beis planchado encima de los pechos talla 100 de 18 años. Además la jodida, es un decir, canturreaba para decirme hasta dónde podía llegar con el toqueteo. En su favor he de decirle que me engancho, acaso por recordarla, con una canción de The Beatles, "Across the Universe". Siempre que la oigo me acuerdo de ella, pero, lo que son las cosas, cuando años más tarde nos enrollamos carnalmente de verdad, en su casa no

tenía nada de los FF, sólo historias de chill out que me vi negro para tapar de memoria con la canción que ya le he dicho mientras nos jodíamos, en el buen sentido.

Antes de V. si hollaron de algún modo mi vida arteriosentimental otras con la ayuda de mis hormonas. No fue gran cosa, tal vez ahora tampoco. Me dijeron que una se casó con un dÉntista y otra con un mÉdico, del que se separó.

Yo entonces empezaba aprender a escribir, mas nunca para contar cosas indiscretas, de ahí que las iniciales aquí citadas no se correspondan con los verdaderos nombres. En todo caso, si alguna se sintiera aludida ahí están los juzgados, entonces los nombres sustituirán a las iniciales. Todo es proponérselo.

¿Sabe usted lo difícil que es darle un beso a una mujer? Pues por eso prefiero no acordarme de ellas, no se lo merecen. A estas alturas, aunque se dejen, tampoco.

Con la alemana en el quinto ídem y yo en el de más acá me porté como un auténtico caballero español: dejé de responder a sus cartas en cuanto me enrollé con otra.

Otra era un bombón que fue la primera que me la chupó, bien es cierto que yo también correspondí, desvirgándome así con ambos ápices puntiagudos. ¿Me explico? Además era mentirosa. Se las había tragado dobladas y me hizo creer que era de aquella manera. Virgo, quiero decir, cumpliendo años después de Reyes.

No sé a estas alturas si Otra hubiera sido mi suerte de no interponerse (¡tonto, tonto, tonto!) aquella del Lacoste rosa y lazo blue en el pelo rubiasco en coleta, con la que hice manitas viendo "Paolo il caldo" en un cine que ardió luego. Yo no tuve nada que ver. Creo que lleva un par de divorcios de aquella manera.

Con su malvada candidez me enseñó a no fiarme de ningún beso, por más calentón que sea, el beso. Allá ella sí sabe que es aquélla. Además, no sabía besar.

Según dicen, los sapiens sapiens somos monólogos y/o monógamos.

En primer lugar, salvo excepciones, hablamos en plan "yo". Una regresión a mi parecer, ya que creo que nadie le gustaría ir por ahí mostrando la caquita que hizo sin ayuda. ¿O sí? Y, en segundo lugar, después de yo mío tiene un lugar muy destacado. Luego, ¿a qué viene tanto yo, tú, me, mi, conmigo, éste, ése o aquél?; coño que suena a gramática.

En fin, que fue la primera vez que aprendí que el corazón, esa víscera infame que no saca músculo cuando hay que tener cojones, no está en el pito.

Para terminar el tema de Otra le diré que le di puerta una tarde de otoño en una cafetería de barrio (¿no ha tenido usted nunca un amor de ídem?). "Te odiaré de mientras viva", me dijo. Años más tarde sin preguntar me enteré de que se había casado y que andaba en esos rollos de santería con velas en la playa y demás. No recuerdo estas alturas si me acojoné, quizá no, ya que pienso que uno es hijo de sus propias obras. Así tengo mi vida, enladrillada con la crisis de los huevos que nos aplasta con el hormigón de la incertidumbre.

A veces, le digo, estoy harto; me gustaría dejar la película en el intermedio (visite nuestro selecto ambigú) y no ver el final, pero mi curiosidad me lleva a leerme hasta los títulos de crédito.

Llegaron casi dos años de plácido dispendio amoroso con sonados petardazos que por pudor me callo. Sí es verdad que aprendí a no compartir, carnalmente hablando, cuando hay dos mujeres a cada lado y en el mismo tiempo, pues se queda uno a dos velas. Joder, vaya dos cursos. Sí, joder.

Como el diablo lo enreda todo y no lo hay peor que uno mismo, quiso la ocasión, para que nada faltase, que me enrollara con una compañera de curso. Entre asamblea y asamblea (entonces la Universidad era un dispendio de intelectos; nada ha cambiado) nos apañamos para hartarnos de follisqueo consumado de modo variopinto. Ni le cuento la caña que nos dimos en Portugal en el clásico viaje de estudios, del que no quito nada a no ser que me despertase

con una mamada extemporánea –o sea, a deshoras– en un hotel de Troia. No sé si porque rimaba, pero el afán con mi consonante más personal me dejó molestamente dolorido. En venganza, le confieso, dejé encerrado en el armario un pedo de los que no se beben.

Sin que ella lo supiera me había enseñado algo fundamental que luego me abrió ampliamente, por así decirlo, las puertas de otras congéneres. Y es que la dicha tenía una vida muscular interior que mataba de gusto. Sepa usted que una mujer agradece a su manera aprender algo que no sabe, si bien nunca lo reconocerá.

También aprendí de ella que la celulosa no sólo servía para hacer los folios de los apuntes. Hace años que se estila la ropa interior mascable, devorable si usted quiere, como complemento para los preliminares de la jocosa coyunda o folleteo, que el contraste de lo dulce y lo salado tiene su aquél; pero la verdad es que hay que ser muy paciente para masticar unas bragas de papel, que es a lo que me quería referir.

Aquel verano no fue como yo me lo esperaba. Madrugón con resaca, Guerra de las Galias, de los 100 años, análisis sintácticos –yo, que no era un devoto, andando de oración en oración–, polvo enamorado..., quiero decir que acabé dando clases en una academia para pagarme los vicios.

Los dioses fueron benevolentes y enfrente había una taberna donde de 11 a 12 nos poníamos tibios a cerveza contándonos mentiras el de matemáticas y yo. La vida, pensaba –acaso usted igual–, es una ecuación con muchas variables e incógnitas.

Y ahora sí que me he perdido, pues lo que le voy a contar no sé si verdaderamente ocurrió ese año u otro después.

En aquel tiempo, años antes, estaba buenísima. Comenzó a usar la Claire Matin antes que ninguna la pandilla. Entre unas cosas y otras nos tenía a todos locos. No porque se arrimase más a la hora de bailar sino porque lloraba cuando

la besaban, nos contaban los que tenían esa suerte. A mí también me pasó con ella en un rincón escondido fuera de la catedral.

Un tiempo después fue mi casa sabiendo que mis padres estaban de viaje. La verdad, no sé si era la época en que los tíos somos tontos, que no hay vacuna para eso, pero ni me imaginé montármelo, ¡con la ocasión en puertas!, con ella.

Tal vez hubiera ocurrido de haber mediado mi buena suerte, esa puta esquiva que siempre me deja tirado.

Todavía no sé cómo, solos, empezamos a hablar de cosas de mujeres. Yo, que entonces no había tocado pelo al no haber llegado aquel verano que le dije ni conocido a B., me atreví a preguntarle a que olía su coño. "a talco", me respondió, y me dejó perplejo, ya que me imaginé su mata peludita –que había semitocado otro verano en un despiste en la playa– con caspa Ausonia o de Bella Easo, bueno, esto último suena más bien a magdalena.

Después pasamos a sus tetas, quiero decir que le pregunté como las llevaba; me explico, no bien puestas porque no era discutible, newtonianamente hablando quería saber si la gravedad les afectaba; si bien no eran manzanas sino peras.

Años más tarde me contó en mitad de un polvo que su intención al ir a verme había sido que nos desvirgásemos y que antes de que llamasen a la puerta me iba a enseñar las tetas "para que me las mordieses y lo que tú quisieras". No fue así porque un amigo de mi padre no tuvo mejor ocurrencia que ir de visita cuando no estaban los viejos, de modo que el calentón y yo nos quedamos contemporizando con él, ella se despidió al ver el percal.

Si no recuerdo mal fue en ese meneo lujurioso cuando también me confesó que se lo montaba conmigo a escondidas por morbo –sus padres vivían justo en la planta de abajo, yo dejaba en el cuarto el ascensor y subía (de cine, pero los conté más de una vez) los 39 escalones que a ella me llevaban, y por quitarse la calentura y no distraer a un medio no sé qué suyo amigo común de sus estudios

de Medicina. Luego él me lo corroboró, que ella se lo había contado. Ya ve usted, los tíos tenemos la fama de largar cosas de mujeres.

En una de esas noches de pasión oculta y mentirosa, con un terralazo de la hostia, ella celebró el rugido de un gol que nos llegó del cercano campo de fútbol. Era agosto o así y yo me solidaricé, marcando o metiendo lo que pude, pues nos habíamos puesto púos de licor de menta con hielo.

Puede que esto no venga a cuento, pero hilvano al hilo de esto que ella anduvo un tiempo con un compañero mío de facultad que iba de no violento en aquella época, encadenes incluidos por cualquier motivo. Un proselitista de los cojones contra el militarismo y el capitalismo –su padre era ladrillero potente– que acabó haciendo la mili en Vitoria. Me lo contó él un tiempo después. Tanto comerme el tarro y luego va el mamón e incumple sus principios. Nunca se acaba de conocer a la gente.

Entre ésa y otra llegó o me vino la única mujer de la que puedo decir que ha dejado huella en mi vida. Puntera más bien, de lo cual le puede hablar mi espinilla izquierda.

En plan coña yo la llamaba Agencia Efe, pues ésa era la inicial de su nombre. No quiero decir que era cotilla, salvo con su hermana dos amigos gais (entonces eran homosexuales) y los míos comunes, sin ge de maricón. De ella recuerdo, patada aparte, que nos emborrachamos tristemente al saber que Lennon había sido asesinado. Fue en casa de unos de sus amigos de la cofradía de la Virgen de la Pluma, tan pequeña entonces que no tenía ni armario del que salir. Vaya lunes más chungo que fue aquél.

La agencia, efe quiero decir, tenía entonces, ahora no sé, un estupendo par de piernas y una mala leche del copón para usarlas, como ya dije antes. A esto se unía, o la incrementaba, que vivía con una de sus abuelas, que por mucho que se acordara del Himno de Riego, versión de la II República, le tenía impuesto toque de queda a las 11 de la noche, a las 12 en verano. La de Caperucita me parecía así una tierna criatura a la que se le podían perdonar sus devaneos con el lobo.

Con todo, nos lo montábamos, en más de una ocasión de modo temprano, a resultas de lo cual me iba a toda leche a clase después de haber repasado concienzudamente la anatosuya; porque una mujer, si usted no lo sabe, siempre tiene un archivo oculto que no hay modo de liberar o descriptar; mucho más jodido aún.

Años más tarde la vi en Pedregalejo de la mano de un gilipollas. Lo escribo tal cual lo siento, ya que adiviné en su mirada, la de él, que pensaba lo mismo de mí. Es decir, que efe le había contado las cosas nuestras al igual que a mí las suyas con un gilipollas antecesor mío que la obligó a hacerle una mamada y que, además, resultó ser un eyaculador precoz. Por este incidente me costó lo mío convencerla para que me dejara comerle el coño. Apenas tembló cuando a la salida del cine, tras ver “El tambor de hojalata”, le confesé que habría querido darle caña en su eñe más española al tiempo que el seminiño coñazo chillón nos apañaba con mala maña los tímpanos.

Hay que ver cómo somos los tíos. Desde pequeñitos queremos ser los únicos en tocar teta –eso sí que es tomárselo a pecho– y no compartir. Ni tampoco antes. O sea, tener cuernos sobrevenidos. El antes de ti no hubo antes sólo es válido para uno: mi vida es una pizarra en la que quiero apuntar la tuya.

He de confesarle que aun habiendo imaginariamente asesinado a Papá Noel no le tengo hinch, aunque fue en las primera horas de la Navidad cuando efe me pegó la patada y no figuradamente, como ya dije. Bueno, en cierto sentido fue doble. Todo por engolfarme con mis amigos para celebrar a San Jesús y retrasarme unas horillas en ir a donde estaba ella. Mal venía el Niño aquel año anunciando que lo que hacía falta en el mundo era amor. Valiente ironía, ¿no?

No me gusta reprochar, pero a mí mi/su amor me dejó con el puntapié y de propina un sonoro par de hostias que ni arañaron mi pundonor u orgullo a pesar del cachondeo que se formó a mi costa.

Hay que reconocer que los tenía bien puestos, no por endiñarme a mí – hostia, no recuerdo si alguna vez me dijo ‘te quiero’– creyendo que era un

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

